LA VIDA DEL HOMBRE EN LA POESIA DE QUEVEDO

POR
PEDRO LAIN ENTRALGO

«Lo que conozco y no lo que poseo
sigo...»
(QUEVEDO.)

VAMOS a definir, a través de los textos del poeta, la idea de la vida humana latente en la poesía de Quevedo. Sigamos para ello el método tradicional; distingamos con cuidado el género próximo y las diferencias específica y singular de lo definido.

GENERO PROXIMO Y ULTIMA DIFERENCIA

Planteadas así las cosas, ¿cuál es el género próximo de la antropología quevedesca? No parece muy recóndita la respuesta: ese género próximo es la idea cristiana del hombre. Quiero decir con ello que, para Quevedo, el vivir humano es el tránsito temporal y terreno de un espíritu personal creado de la nada, encarnado en un cuerpo, redimido por Cristo y destinado a vivir eternamente. La vida terrena es a la vez tránsito y prueba; el hombre es sobre la tierra un caminante: *viator*, le dicen los teólogos. Vivimos

caminando, esto es, haciendo sucesivamente nuestra vida y mereciendo con nuestras obras gloria y castigo; así hasta la hora postrimera o novísima.

Con ello no se ha dicho poco; mas no se ha dicho todo. Esa genérica verdad es entendida por los cristianos con mente analógica, como dicen los filósofos de la Escuela. Todos aceptan una misma idea de la vida humana; pero la entienden, si vale hablar así, con modulaciones diferentes, según su situación histórica y su peculiaridad personal. ¿Ha sido, es siempre igual, por ventura, la idea del tránsito terreno? Para algunos es un manso caminar; para otros, áspera lucha; éste ve en el mundo un campo de acción; aquél, un enemigo del que debe huirse; hay quien busca su perfección hablando y hay quien la conquista callando. Alguna razón tenía el que habló de las paradojas del Cristianismo.

Si quisiéramos construir un sistema de los modos típicos en que analógicamente se expresa la idea cristiana del hombre, tal vez pudiéramos señalar, desde un punto de vista histórico—caben otros: el metafísico, el social, el psicológico, el biológico—, hasta tres modos fundamentales, correspondientes a otros tantos modos de sentir la propia situación. Existe, en efecto, una versión cristiana del optimismo histórico, un cristiano sentimiento de seguridad ascendente o sostenida: ejemplo, Bossuet. Cabe también la versión cristiana del pesimismo histórico, una conciencia de ruina y hundimiento: testigo, Donoso Cortés. Hay, en fin, la versión cristiana de la vivencia de crisis: así interpretó su vida, en lo que ésta tuvo de histórica, el cristiano Menéndez y Pelayo.

Creo que este sencillo esquema sirve para empezar a entender la visión quevedesca de la vida humana. Como todo cristiano, Quevedo recrea por sí mismo la idea cristiana de la vida mirándola a través de dos vidrios: su propia experiencia de la situación histórica en que existió —España, primera mitad del siglo XVII—y su íntima e in-

transferible personalidad individual, esa en cuya virtud fué el hombre llamado Francisco de Quevedo y Villegas. Por fundidos que estos dos ingredientes de la personalidad humana se hallen en la existencia real de cada hombre, conviene ahora distinguirlos con resuelta precisión.

¿Cómo vive el poeta Quevedo su propia situación histórica? No contemos sus escritos en prosa, tan patentes, tan expresivos, tan conocidos. Varias composiciones poéticas suyas nos dan clara respuesta a tal pregunta: la famosa *Epístola censoria* al Conde-Duque; el soneto al mal gobierno de Felipe IV; aquel Memorial al Rey que comienza «Católica, sacra, real majestad...»; la sátira *Sobre el estado de la Monarquía* («Toda España está en un tris — y a pique de dar un tras...»); el archisabido soneto «Miré los muros de la patria mía...». Todo nos habla con la misma voz; todo nos dice que el español Quevedo sintió que el suelo histórico se hundía irremisiblemente bajo sus pies. Cuanto de histórico y social hay en su vida, se ofrece a sus agudos e implacables ojos—aquella pupila suya, tan carente de ternura—como una creciente, inexorable ruina:

Y no hallé nada en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte [1].

Este sentimiento, común, en cierta manera, a tantos españoles sensibles y alertados del XVII, determina en Quevedo—digámoslo desde ahora—un visible pesimismo antropológico. Pero el pesimismo, nota genérica, se expresa en su vida y en su obra de dos modos bien diversos: uno, satírico o picaresco; otro que, para entendernos pronto, puede ser llamado «grave». La *Vida del Buscón* y la *Política de Dios,* son, en la prosa, los dos polos de esa dilemática expresión del pesimismo quevedesco.

Sostuvo Unamuno que uno de los rasgos diferenciales del casticismo castellano sería nuestra nativa tendencia a la disociación: disociación cognoscitiva entre el mundo de los hechos sensoriales (realismo) y el de las abstracciones

conceptuales (conceptismo); disociación volitiva entre los arrebatos de la voluntad y la indolencia de matar el tiempo; disociación literaria entre la socarronería satírica o burlesca y una visión puramente trágica de la vida humana. El espíritu castellano, afirma Unamuno, «es socarrón o trágico; a las veces, a la vez, pero sin identificar la ironía y la austera tragedia humana». Faltaría a los españoles castizos una capacidad de que castizamente disponen los ingleses y los franceses: la de fundir en expresión unitaria, mediante el *humor* o la *ironía*, la burla y la tragedia, la risa y el lamento.

Júzguese como se quiera la validez de esta sentencia de Unamuno. Personalmente, soy bastante escéptico respecto a los juicios absolutos en materia de peculiaridades nacionales o castizas. Pero, concedámoslo: en el caso de Quevedo parece cumplirse la tesis mencionada. A primera vista, Quevedo da razón a Unamuno *. Sin mengua del cristiano pesimismo que la empapa, su poesía sería una poesía limpiamente disociada: a un lado, el pesimismo burlesco de sus sátiras, el Quevedo que se ríe a carcajadas—con risa entre sana y amarga, con grosero y brutal realismo, a veces—de las damas complacientes y los maridos burlados, de los viejos mal avenidos con sus canas, de los tacaños, de los malos clérigos, de los jaques; a otro lado, el Quevedo que canta con dolorido desgarro, con indeficiente gravedad, la fugacidad y la inconsistencia de la vida, el cuidado de existir, la congoja del amor humano, el reposo del hombre en la muerte. Metido entonces en sí mismo, en aislamiento individual a la vez trágico y moderno, estoico y cristiano, se asoma el poeta a las ventanas de su ser de hombre—escasas ya—y grita a los demás su terrible «sálvese quien pueda»

Vive para ti solo, si pudieres,
pues sólo para ti, si mueres, mueres [2].

(*) Estoy seguro de que mi expresión soliviantaría un poco a don Miguel: él no quería «tener razón», sino «tener verdad». Dios le haya hecho vivir allá donde la razón y la verdad coinciden siempre.

Conviene, sin embargo, no fiarse de las primeras apariencias, y más cuando se trata de cosas humanas, de cosas tan harto humanas como la expresión literaria de un hombre. La piedra y el animal son siempre lo que parecen; el hombre puede no serlo, porque pertenecen a su ser la intimidad y la libertad: puede recluirse en sí mismo, puede no hacer lo que le nace de dentro. La obra de Quevedo parece «castizamente» disociada, según el entendimiento unamuniano del casticismo. ¿Lo es en verdad? ¿Conformóse Quevedo con esa ostensible disociación entre la apariencia que mueve a la burla y una realidad honda, ante la cual no cabe sino el grito de dolor? ¿Fué su intención más íntima disociar en esas dos mitades contrapuestas—apariencia y verdad, sátira y lamento, abertura burladora y estoica reclusión—su complejo mundo humano y literario? Yo creo que no. A reserva de considerar en otra ocasión lo que respecto a la vida humana dice la poesía satírica y burlesca de Quevedo, trataré de mostrar la verdad de mi aserto analizando con detenimiento y orden la idea del hombre contenida en su poesía «grave». *Liceat experiri.*

CONSISTENCIA DE LA VIDA

El hombre comienza a vivir naciendo: profunda y vulgarísima verdad que no todos recuerdan. Descartes, por ejemplo, olvidó demasiado que el hombre es *une chose qui naît et meurt*, además de ser *une chose qui pense*. Quevedo, vitalista a su manera, lo tuvo siempre en cuenta y nos dijo con claridad e insistencia lo que para él era el nacimiento del ser humano a la vida en el mundo. Nacer es, por lo pronto, cambiar claustro por cárcel, madre por mundo:

Del vientre a la prisión vine en naciendo;
de la prisión iré al sepulcro amando
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo [3].

Buena parte del sentir de Quevedo se ha hecho letra en este terceto: el mundo, mirado como prisión, le muestra más su frontera que su ámbito; la vida terrena es un tránsito enamorado hacia la muerte; la muerte misma, un estado al que ha trascendido la llama de su amor en la tierra. Naciendo, empieza el hombre a morir, esto es lo único cierto:

Antes que sepa andar el pie, se mueve
camino de la muerte... [4]

El nacimiento a la vida nos instala, de golpe, en el tiempo, esto es, en la mudanza: ritmo cierto y seguro en el caso de «cielos y estrellas», camino hacia la muerte en todo lo que vive. Véase cómo, increpando al tiempo, expresa Quevedo el contraste entre los dos modos de durar y mudar:

Tú, que con los mismos pasos
que cielos y estrellas mueves,
en la casa de la vida
pisas umbral de la muerte... [5]

De ahí que el llanto, visible testimonio de la constante victoria del tiempo sobre la vida—no lloramos sólo por ser desgraciados; lloramos porque antes no lo fuimos y porque luego podemos dejar de serlo—, sea el primero y más universal gesto del contacto del hombre con la vida. Cuando nace un hombre, el querer ser de su espíritu topa violentamente, como el pájaro contra la jaula reciente, con el no poder ser de su existencia terrenal; por eso llora; por eso

todos muriendo en lágrimas vivimos
desde que en el nacer todos lloramos [6].

Y aún es más dramática y sincera la tesis cuando el poeta habla de sí mismo:

Nací desnudo, y solos mis dos ojos
cubiertos los saqué, mas fué de llanto [6a].

Esta plañidera concepción del nacimiento procede, por supuesto, del juicio de Quevedo acerca de la vida a que se nace. El dolor de nacer no depende del «de dónde», sino del «a dónde»; no es dolor de despedida, sino de arribada. Nace el hombre a vivir en cuerpo y mundo. ¿Qué tiene esta no solicitada vida, para que así duela a Quevedo el primer encuentro con ella? Tres notas principales definen, creo, la idea quevedesca del vivir humano: su incertidumbre, su fugitividad, su inconsistencia. Vivir humanamente es un negocio incierto, fugitivo e inconsistente en su misma raíz; la poesía «grave» de Quevedo nos lo dice sin descanso.

Nos habla en primer lugar de *incertidumbre*. Sin previa consulta y sin previo advertimiento ha sido lanzado el hombre a su existencia en la tierra. Si sólo se atiene a su propia y nuda existencia, a lo que por sí mismo descubre en sí mismo y en su mundo, por necesidad ha de sentirse incierto, si no perdido, en el inexorable empeño de ejercitar su libertad:

Por norte llevo sólo mi albedrío
y por mantenimiento mi cuidado [7],

dice de sí el peregrino Quevedo. La situación espiritual del hombre moderno, consciente y hasta jactancioso de su libertad individual, pero oprimido por la carga de usarla, transparece con mucho vigor en esos dos versos del moderno don Francisco. Otros, puestos en ese trance, confiarán en su razón y buscarán un método para bien conducirla; él, desengañado, mas no desesperado, se entregará a la sola segu-

ridad de una secreta, sobrerracional esperanza: «Y sólo en la esperanza me confío», concluye. La vida es, por tanto, ávida soledad, andadura incierta, colisión permanente con realidades o sueños oscuros, imprevisibles, turbadores:

¿Quién, cuando con dudoso pie, y incierto,
piso la soledad de aquesta arena,
me puebla de cuidados el desierto? [8]

El poeta Quevedo y el filósofo Descartes, su contemporáneo, viven la misma incertidumbre espiritual; pero Descartes la vive tiempo arriba, cara a una futura seguridad —que ésta sea utópica, no hace al caso—, y Quevedo tiempo abajo, con una esperanza forzosamente situada no más que allende la muerte y el mundo. Pronto se han consumido bajo el sol de Castilla las suaves frondas del Renacimiento. La «ciega noche» [9], el «yerto escollo» [10], la «yerma orilla» [11], la «muda senda» [12], la arena solitaria, son las metáforas con que el poeta nos dice cómo veían sus ojos el ámbito de su existencia personal; el «pie dudoso» y el «pie perdido», las expresiones casi constantes de su experiencia de viador [13]. Si el alma no recibe «un nuevo corazón, un hombre nuevo»—con urgencia los pide desde dentro de sí mismo el caduco Quevedo [14]—, no puede ser otra la imagen de su mundo; pero el hombre no es dos veces joven, y no cabe otra novedad que la estupenda de convertir la mirada a lo que no pasa. Mientras tanto, este «polvo sin sosiego» que somos [15], va caminando, abrumado por su propia existencia, incierto siempre, hacia un morir seguro y cada día posible:

Cargado voy de mí: veo delante
muerte que me amenaza la jornada... [16].

La vida del hombre es, además de incierta, fugitiva. La radical *fugitividad* de nuestra existencia, esta inasibilidad

del instante, este rápido curso hacia el término ineludible, son, no hay duda, uno de los más frecuentes motivos de la poesía de Quevedo. Viejo tema, la fugacidad del vivir. Desde la antigüedad semítica hasta hoy, y salvados los escasos y dispersos momentos en que el hombre ha sentido su vida como placiente plenitud, vuelve y vuelve, amigo o enemigo, oportuno o perturbador, a la pluma y a la lengua del hombre. «Mis días son más raudos que la lanzadera», decía Job (VII, 6); *Ogni cosa è fugace e poco dura*, repetirá Lorenzo de Médicis, cuando parece que el mundo renace. Pocos, sin embargo, han expresado con tanta fuerza como Quevedo, con tan dramático y dolorido desgarro, el sentimiento de la propia fugacidad:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!

dice una y otra vez [17]. La vida, «cada instante en el cuerpo sepultada» [18], fluye y se consume sin tregua. Ved la herida energía con que lo dice Quevedo:

Ya no es ayer, mañana no ha llegado,
hoy pasa, y es, y fué, con movimiento
que a la muerte me lleva despeñado.
Azadas son la hora y el momento,
que, a jornal de mi pena y mi cuidado,
cavan en mi vivir mi monumento [19].

No hay lengua poética en que todos los tiempos verbales jueguen y se combinen con tan significativa vivacidad: «soy un fué, y un será, y un es cansado», nos dirá luego. El tiempo, dimensión constitutiva del ser terreno del hombre, es a la vez causa y visible operario del cuidado de existir. Quevedo lo siente con penetrante agudeza y manifiesta su sentir definiendo poéticamente la vida humana con ese

barroco trenzado de presentes, pretéritos y futuros. Así se entiende que en todo instante, hasta en los más placenteros, discierna este fiero pesimista su acción consuntiva de la existencia:

risueña enfermedad son las auroras,
lima de la salud es su alegría [20].

En la aurora no ve el poeta el día joven, sino el día pasado; los «dedos rosados» de que nos hablaban los versos de Homero, versos de antelucano, son ahora los dedos implacables de la devanadora Láquesis. La salud misma, mellada por cada aurora, más que reposo o equilibrio es guerra

de su propio alimento combatida [21].

No hay contento posible en la vida del hombre, si el alma está verdaderamente despierta, viene a decirnos Quevedo. La vida intensa engendra el ansia de vivir—«bebe el ardor hidrópica mi vida...» [22]—y con ello se inflige la herida que de continuo la mata.

Si la vida humana es esencialmente fugitiva, si vivir en el mundo es desvivirse, bien puede afirmarse que el hombre muere viviendo. «*La mort* — decía Montaigne — *c'est une partie de nostre estre, non moins essentielle que le vivre*» [23]; pero lo que fué advertencia o cautela en este artista de sí mismo—«*j'ay mis touts mes efforts à former ma vie; voylà mon mestier et mon ouvrage*», nos confiesa—, hácese ronca conclusión en nuestro desengañado poeta. Más que su término, la muerte es un momento esencial y constante de la existencia humana. Vivir humanamente no es sólo morir, pero es morir: «muerte viva es nuestra vida» [23a]. Cuando el hombre percibe lúcidamente la fugitividad de su vida, descubre que su nacimiento y su muerte, vivido aquél como tácito recuerdo, sentida ésta como oscura anticipación, se

hallan presentes en la real estructura de cada uno de sus instantes temporales. ¡Con qué vigor, con qué desgarro lo sabe cantar Quevedo! :

Ayer se fué, mañana no ha llegado,
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fué, y un será, y un es cansado.
En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto [24].

«Presentes sucesiones de difunto»; huelga cualquier comentario. Quien así concibe el curso temporal de su propia vida, ¿podrá contemplar la realidad exterior a sí mismo, sea ésta la que fuere, sin proyectar sobre ella ese hondo sentir de la propia caducidad? Tanto como la decadente existencia de España, es la íntima experiencia de su humana vida lo que le pone en la pluma aquellos dos últimos versos del «Miré los muros de la patria mía» :

y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte [25].

De ese mismo entrañable sentimiento, unido ahora a cierta secreta iracundia de amador de la vida, mana también el estupendo énfasis polémico con que el poeta alude a la segura corruptibilidad de la piedra funeral :

porque también para el sepulcro hay muerte.

La vida humana es incierta y fugaz. Es, además, inconsistente. Si la fugitividad de nuestra existencia terrena es rigurosamente esencial, si el hombre sólo puede vivir dejando de vivir, consumiéndose, esa vida suya carece de verdadera consistencia; la *inconsistencia* del vivir humano —cuidado: no digo del ser del hombre—es así la tercera

de sus notas definitorias, dentro de la consecuente y radical poesía «grave» de Quevedo.

La vida es vanidad, *omnia vanitas*. En todas las épocas hubo hombres que, con una u otra intención, estoica o cristiana, eudemonista o ascética, sentenciaron la vanidad de todas las cosas: la riqueza, el placer, los honores del mundo. Dejemos intacta la tarea de discernir cuándo la sentencia fué sincera y cuándo fué retórica o resentimiento. Quevedo sigue la transitada senda y canta una y otra vez la inanidad de los bienes terrenales. Bien; que pague su tributo a la costumbre. Concedámosle, por añadidura, una considerable dosis de sinceridad, y no demos por ahora mayor momento a esos consuetudinarios pasos de nuestro poeta. Lo que de él nos importa, en efecto, no es el tópico, sino la original radicalidad. Antes he aludido a ella. Quevedo, hombre extremado y penetrante, dará un paso más y afirmará con total resolución la inconsistencia de la vida misma. Sí, *omnia vanitas;* pero la vanidad, la condición huera o perdidiza, no es de las cosas, sino de la vida que con ellas trafica y en ellas se apoya. No es vano el honor del mundo por ser honor, sino por ser humano; la inconsistencia pertenece al supuesto, no a lo que sobre él pueda poner su inquieta brega en el mundo. ¿Qué peso tenían, en verdad, las grandes e innegables glorias de Alejandro—«el rayo amanecido en Macedonia»—cuando Alejandro mismo, reducido a cenizas, «no pesa ya una libra»? [26].

La muerte, entendida como dimensión constitutiva y permanente de la existencia humana, es el testimonio supremo de su esencial inconsistencia:

> *pues si la vida es tal, si es de esta suerte,*
> *llamarle vida agravio es de la muerte* [27].

Esta profunda convicción de Quevedo le lleva a emplear de continuo la idea de la muerte para dar expresión a la carencia de peso propio, a la oquedad de la vida terrenal: la vida

es «nudo frágil del polvo y el aliento», «sombra anhelante de viento sucesivo» [28]; el cuerpo, tumba que aniquila el ser verdadero del hombre:

menos me hospeda el cuerpo, que me entierra [29];

todo cuanto pretendemos o logramos para en «poca tierra» [30]. Impónese, pues, esta conclusión; que la vida del hombre sobre este suelo está próxima a ser una pura nada:

pues es la humana vida larga, y nada [31].

Incertidumbre, fugitividad, inconsistencia. La conjunción de estas tres esenciales propiedades de la existencia terrena del hombre hace que la vida se muestre a la retina poética de Quevedo como cuidado permanente, soledad, prisión, temor, dolor. La incertidumbre de existir humanamente traspasa con el dardo del «cuidado» nuestro espíritu [32]; el cuidado es el más elemental mantenimiento del hombre [33], su carga permanente:

... al rigor de mi cuidado
busco yo, ¡ay si le hallase!, algún olvido [34].

dice éste acongojado. La soledad es para Quevedo un imperativo urgente—«vive para ti solo, si pudieres...»—, mas también acerba pesadumbre:

Más solitario pájaro, ¿en cuál techo
se vió jamás, ni fiera en monte o prado?
Desierto estoy de mí... [35].

¿Dónde tiene el poeta el centro de su verdadero ser, cuando se siente desierto de sí mismo? Luego intentaré dar una respuesta. Pero, cualquiera que ésta sea, quien vive sin vivir en sí, ha de ver necesariamente su vida como una opresora limitación: «la vida es mi prisión, y no lo creo» [36], dice Quevedo por todos los dolientes de soledad y ambición

verdaderas. Su mismo albedrío le tiene en prisión [37]; vive, por otra parte, asido al «duro remo del temor»; advierte que le envuelve aquella sombra ciega, madre y autora del miedo, que cubrió al mundo en su primer origen [38]; y tan consustancial parece ser el dolor con su viviente existencia, que cree vivir más cuando por vivir recibe sufrimiento:

Dióme el cielo dolor, y dióme vida [39].

¿Es, pues, extraño que, con una idea casi maniquea o luterana del mal, se lamente de una ausencia diciendo

mi mal es propio, el bien es accidente? [40]

Ya no sorprende que el poeta llame a la muerte con voz quebrada o voz serena. De nuevo viene a la pluma el contraste con Montaigne. Este aconseja sin cesar habituarse a la idea de morir; no puede soportar la necedad con que el vulgo cierra los ojos a la consideración de la muerte. La vida no es por sí misma un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del mal, según como uno se la haga; morir es, por otra parte, «una de las piezas del orden del universo». Sabiendo esto, y haciendo de tal saber un hábito de nuestra muerte, el hombre alcanza el menosprecio de la muerte, *le mespris de la mort,* uno de los principales beneficios de la virtud. Pero ¿por qué este ingenuo y redomado Montaigne quiere habituarse a la idea de su propio morir? No esperemos una respuesta heroica. Montaigne piensa en la muerte para hacer más sosegada y placentera su vida, porque es el medio—lo diré con su inimitable palabra—*qui fournit nostre vie d'une molle tranquillité et nous en donne le goust pur et aimable; sans qui toute autre volupté est esteincte* [41]. El buen bordelés piensa en la muerte como quien, por tener en buen orden sus humores, hace de cuando en cuando cura de aguas.

A veces parece Quevedo aproximarse al Señor de Mon-

taña, como él le llamaba. Así, cuando procura convencerse estoicamente de que la muerte pertenece al orden natural de la creación:

es la muerte forzosa y heredada;
mas si es ley y no pena, ¿qué me aflijo? [42];

o cuando nos dice que es naturaleza y no sentimiento [43], movimiento animal y no acción personal, la ardiente lágrima que el espectáculo de la muerte pone a veces en sus ojos *. Pero ahí se acaba la semejanza. La consideración de esa llana «naturalidad» del morir y el señorío sobre sí mismo que de ella procede, no traen al ánimo de Quevedo la *molle tranquillité* montañesca, sino, como sabemos, un agudo sentimiento de la inanidad del vivir, la convicción de que la vida es sueño y por sueño debe ser tenida:

Sueño es la muerte, en quien de sí fué dueño
y la vida de acá tuvo por sueño [44].

Y si la muerte es el sueño seguro de una vida que no pasa de ser sueño falaz; si vivir es, por otro lado, estar muriendo; si la muerte habita realmente en cada uno de nuestros instantes, ¿por qué no llamarla con nuestra voz más honda y alta, por qué no hacer que «llegue rogada, pues mi bien previene»? [45]. Así debió de pensar Quevedo, hom-

(*) La huella de Epicteto, a quien Quevedo «puso en español con consonantes»—y, por supuesto, la de Séneca, muchos de cuyos pensamientos, como apunta el buen González de Salas en *El Parnaso Español*, aparecen parafraseados en los versos de nuestro poeta—, son bien patentes. Véase cómo Epicteto habla de la actitud ante la muerte, según la pluma de Quevedo:

como se ve en la muerte,
que, si con luz de la verdad se advierte,
no es molesta por sí...

Nuestros espantos y turbaciones no dependen de las cosas mismas, sino de nuestras opiniones de las cosas; por eso el filósofo, que no vive en la opinión, sino en la «verdad clara», no sufre turbación en su ánimo *(Doctrina de Epicteto, puesta en español con consonantes*, cap. VIII, pág. 703.)

bre radical. No canta el suicidio, porque es cristiano y porque él, después de todo, ama violentamente la vida: luego mostraré cómo en su espíritu se funden la estimación pesimista del vivir y este encendido amor. Pero no vacila en solicitar la muerte y hasta en requebrarla:

¿Por qué emperezas el venir rogada? [46],

le dice otra vez. La espera como una caricia definitiva: «más tiene de caricia que de pena» [47]; y se lamenta de que muerta su amada, le impida la vida seguirla:

Quiere el tiempo engañarme, lisonjero,
llamando vida, dilatar la muerte,
siendo morir el tiempo que la espero [48].

El tema se repite con frecuencia, hasta hacerse casi tópico: «Mejor vida es morir que vivir muerto», escribe al comienzo de otro soneto amoroso [49]. La expresión poética cobra, sin embargo, tal fuerza y profundidad, que se desvanece toda sospecha de lugar común o de fórmula retórica personal:

salid a recibir la sepoltura,
acariciad la tumba y monumento,
que morir vivo es última cordura.
La mayor parte de la muerte, siento
que se pasa en contentos y locura,
y a la menor se guarda el sentimiento [50].

Entonces, ¿cómo vivir? ¿Qué puede y debe hacer el hombre con su vida, puesto que no le es lícito acortarla? ¿Postulará Quevedo el yermo como definitiva habitación, el llanto como único ejercicio? No poco lloró él, fuese en lágrimas o en letras:

Yo soy aquel mortal que por su llanto
fué conocido más que por su nombre.
ni por su dulce canto [51],

dirá de sí mismo pocos meses antes de morir. Mas ¿fué todo, quiso él que todo fuese llanto, ceniza y sátira en su propia vida?

LA EVASION COMO RECURSO

El hombre, por el solo hecho de haber nacido y vivir en el mundo, está sujeto a cuidado permanente y frecuente dolor. ¿Irremisiblemente condenado? Si el mal fuese lo propio de la existencia humana y el bien su accidente, como con hipérbole retórica y luterana dice Quevedo una vez, desorden y dolor serían irremediables en la vida individual del hombre sobre la tierra. Pero la antropología de Quevedo, pese a tal esporádica expresión, es pesimista *quoad vitam,* no *quoad ens;* respecto a la vida terrena, no respecto al verdadero ser del hombre. El ser del hombre está expoliado y herido por obra del pecado original, mas no sustancialmente corrupto o viciado por él; la razón natural no tiende necesariamente al error, ni el ánimo a la iniquidad: *remanet semper radix inclinationis in virtutem,* dicen los teólogos [52]. Quien desee conocer la opinión de Quevedo acerca de la razón natural del hombre, lea su *Providencia de Dios:* «Se ve mejor lo que se cree a persuasión de la razón, que lo que se mira con los ojos en las cosas mismas que se ven con ellos»; o, en otra página del mismo tratado, su entusiasta elogio del entendimiento humano—«el valentón del mundo», le llama—y de sus obras: «Él halló en la piedra imán los amores con el Norte... Él mandó trabajar al aire en las bombas, y le enseñó a que su fuga, por evitar el vacuo, sacase tras sí las aguas... Él le aprisionó en los fuelles, para multiplicar el fuego...; él le recogió en las velas...» [53]. No; Quevedo no cree que esté sustancialmente viciado el ser natural del hombre.

Ello permitiría que los hombres, no obstante la esencial fugacidad, la incertidumbre y la inconsistencia de su

vida terrena, puedan evadirse naturalmente del cuidado de existir y sean capaces de alcanzar en el mundo esa suerte de plenitud—fugaz, ay, como la vida misma—que llamamos «felicidad». El hombre puede *olvidar* que vive muriendo o, sabiéndolo, *trascender* de la muerte por vía de lúcida creencia. La autenticidad de la evasión depende, por supuesto, de la vía por la cual acontece. Veámoslas una a una, según los textos del poeta.

La congoja de saber que la vida huye, alcanza cierto consuelo sintiendo vivamente que, por obra del recuerdo, gana una suerte de perennidad lo fugitivo. La *memoria humana*, testimonio de nuestra fugacidad—nos acordamos hasta de haber olvidado, decía San Agustín—, es también triaca contra ella:

Si de cosas diversas la memoria
se acuerda, y lo presente y lo pasado
juntos la alivian y la dan cuidado,
y en ella son confines pena y gloria... [54].

Pena y gloria. Aquélla, por lo que de pasado y no existente tiene el recuerdo; ésta, por lo que en él hay de perennidad, por esa especie de anticipación de la eterna presencia que late en la memoria del hombre. La simultaneidad de lo presente y lo pasado «alivia» a la memoria, esto es, al hombre que de ella es titular. El mismo sentido y la misma ambivalencia entre alivio y cuidado muestran los dos últimos versos del famoso soneto a las ruinas de Roma:

huyó lo que era firme, solamente
lo fugitivo permanece y dura [55].

A la muerte del mármol sobreviven el huidizo Tíber y el recuerdo de los hombres. «Falta la vida, asiste lo vivido», dice Quevedo de su propia vejez [56]: «lo vivido», la memoria de lo que fué, «asiste» al hombre en su invalidez.

Tengo por seguro que esta concepción quevedesca de la memoria procede, tal vez sin que el propio Quevedo lo sepa, de la doctrina esbozada por San Agustín en el libro décimo de las *Confesiones*, recogida por los místicos franciscanos del XVI—aparece, por ejemplo, en los *Abecedarios* de Francisco de Osuna—y vigente en San Juan de la Cruz. San Agustín halla a Dios a través de la memoria y pone en ella la virtud de la esperanza (*Conf.*, X, 20); no sería la esperanza un hábito de la voluntad, como luego sostendrá Santo Tomás, sino de la memoria. Por obra de la esperanza, enseña San Juan de la Cruz, queda purgada de imágenes la memoria, y así el alma puede unirse con Dios «según la memoria en esperanza» (*Subida*, III, XV, 1). La condición a la vez eterna y temporal del ser humano es el supuesto metafísico de esta esencial conexión entre la memoria y la esperanza. Debajo del «alivio» y la «asistencia» a que aluden los versos de Quevedo, alienta esta maravillosa y fecunda idea de la memoria humana. No tardaremos en descubrir, por añadidura, lo que para su espíritu de poeta y de hombre representa la esperanza, contrapunto de la memoria.

También *el placer*, la entrega al puro goce de los estímulos naturalmente placenteros, haría olvidar el cuidado y la fugitividad del humano existir. ¿Quién no ha experimentado esa honda felicidad elemental, biológica—si felicidad puede llamarse—que invade el ánimo cuando, por un momento, llegamos a fundirnos con la pura naturaleza? El espectáculo de un prado hermoso, el triunfo vegetal de los laureles florecidos, el canto de los pájaros, serían capaces de «robar el sentido—al Argos del cuidado» [57]. No es Quevedo un poeta de la naturaleza cósmica, pero sabe sentir la significación de su profunda y vigorosa llamada. La misma acción arrobadora, robadora del cuidado de ser uno mismo—«arrobar» y «robar» son, incluso etimológicamente, una misma cosa—, cumpliría la entrega al placer erótico:

Escondidos estamos de la muerte...,

dice Fabio a Florisa, con ocasión de estar con ella «tejido en diversos lazos» [58]. No dice Quevedo «liberados», sino «escondidos» de la muerte, porque la vivencia del placer instintivo no pasa de ocultarnos por un momento nuestra esencial mortalidad. El hombre, fundido con la tierra, la *Magna Mater*, vive en tales casos en lo que Klages llama *die Welt des Pelasgertums*, un supuesto «mundo pelásgico», en que el ser humano, privado de cuanto solemos llamar «espíritu», sería todo alma y vida... [59] Quevedo, tan genial en la creación de palabras, usa en sus *Sentencias* una que sirve a maravilla para designar este esfuerzo por dimitir de la autenticidad personal y hacer un estado de la pura vitalidad: le llama «deshombrecimiento».

También *el ensueño* nos permite eludir de cuando en cuando la pesadumbre de vivir en la tierra; y entre los modos de la evasión ensoñadora, ninguno tan noble como la lectura. He aquí cómo la pinta su apasionado Quevedo: *

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan o secundan mis asuntos,
y en músicos callados contrapuntos,
al sueño de la vida hablan despiertos [60].

La lectura es un diálogo entre dos espíritus en torno al tema propuesto por uno de ellos, autor de lo leído: doctri-

(*) Cuenta Tarsia en su *Vida de Don Francisco de Quevedo* (Madrid, 1663), que éste sazonaba siempre su comida con la lectura; «para cuyo efecto tenía un estante con dos tornos a modo de atril, y en cada uno cabían cuatro libros, que ponía abiertos; y sin más dificultad que menear el torno, se acercaba el libro que quería». El sobrino de Quevedo, en el prólogo de *Las tres musas últimas*, nos hace saber que «tenía una mesa con ruedas para estudiar en la cama; para el camino, libros muy pequeños; para mientras comía, mesa con dos tornos...» (Cits. ambos por Fernández-Guerra en la *Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas*, que antecede a su edición de Quevedo en la Biblioteca de Autores Españoles, pág. LXXX.)

na, juego del ingenio, tal vez un nuevo mundo literario. Los libros hablan despiertos «al sueño de la vida». El lector, absorto por ese diálogo o viajero en la isla virgen que el libro ofrece—saberes intelectuales o campos de Montiel—, vive mientras lee en un trasmundo y olvida que su existencia terrena se va disolviendo en todo instante. Dígase otro tanto de cualquier acto de entrega al cumplimiento de una verdadera vocación.

Como el ensueño del espíritu, el puro sueño del cuerpo, el *sueño biológico.* ¿Acaso no borra el sueño la idea y el sentimiento de la muerte? Una copla popular española, que sacaba de quicio a Unamuno, aconseja «tender la capa en el suelo — y no hartarse de dormir», como respuesta a la consideración de la muerte. Pero no es esta la actitud de Quevedo frente a la vital lenificación del sueño. Es verdad que, en ocasiones, afirma esa reducción del hombre a nuda biología que el sueño procura:

Era la noche, y el común sosiego
los cuerpos desataba del cuidado [61].

dice una vez. El sueño desata a la vida del «cuidado» que le da su condición humana. «Natural seguro, tregua del mal», le llama en un soneto [61a]. Pronto recordará el poeta, sin embargo, que la luz del nuevo día demuestra la falacidad del sosiego nocturno:

Cae del cielo la noche, y al cuidado
presta engañosa paz el sueño frío [62].

El sueño no trae calma verdadera al verdadero hombre. ¿Por qué, entonces, lo busca Quevedo? ¿Por qué anhela el «alto olvido» en que por obra del sueño yace envuelta la vida? ¿Sólo, acaso, porque, durmiendo, «no hay cuidado

que hable»? El auténtico sentir de Quevedo, más profundo, más radical, viene declarado por dos versos de su poema *Al sueño*:

pues no te busco yo por ser descanso,
sino por ser recuerdo de la muerte [63].

Así considerado, el sueño libra al hombre del cuidado de ir muriendo por ser imitación y recuerdo de la muerte misma: no es descanso, a los ojos del hombre profundo, sino *imitatio mortis*. Y si la muerte es un momento constitutivo de la vida, ¿no lo será también, en cierta medida, el sueño que la imita? Así parece entenderlo Quevedo:

Dicen que el sueño es hermano
de la muerte; mas yo creo
que con la muerte y la vida
tiene él igual parentesco [64].

El concepto quevedesco del sueño queda referido, por tanto, a su total idea de la muerte. Pronto hemos de verla en su integridad *.

Afirmé antes que la antropología de Quevedo es pesimista *quoad vitam* y no *quoad ens*. Pruébalo de manera suficiente el hecho de que nuestro poeta aconseje *la renuncia ascética* como remedio contra el dolor de vivir. Si el ser del hombre estuviera sustancialmente viciado, no habría modo de vida capaz de procurarle alivio. Mas si la existencia al-

---

(*) Dice Quevedo, a continuación de los versos anteriormente citados:

Dormid, ojos, dormid a sueño suelto,
mientras ato mi vida a vuestro sueño.

Son palabras dirigidas a los ojos de una dama, a quien vió un galán durmiendo. Pero, dentro del sentir de Quevedo, igual podrían suponerse dichas por un durmiente a sus propios ojos. Mientras los ojos duermen, el hombre ata su vida a lo que ese sueño significa; es decir, a un estado en que la vida ha trascendido de sí misma.

canza algún sosiego cuando se la despoja de las añadiduras accidentales que en ella pone el mundo y se la reduce a lo más elemental de su constitución—una sumaria vida corporal, una fe viva y el ejercicio espiritual que esa fe sustente y suscite—, forzoso es concluir que el daño y el desorden no han corrompido la naturaleza misma del hombre. El hombre, ha escrito Scheler, es el único animal capaz de decir «no»; lo cual vale tanto como sostener que es el único animal para quien la renuncia ascética puede tener un sentido positivo. Renunciando,

desarmarás la mano a los placeres,
la malicia a la envidia,
a la vida el cuidado..., [65].

enseña Quevedo. Si la mera ascesis estoica no basta para aniquilar el cuidado de existir, al menos logra «desarmarlo», desnudarle de las armas con que psicológicamente nos vulnera. El mismo sentido tiene la evasión hacia la paz del campo, donde las horas desengañan sin voz y «pisas todo tu mundo sin engaños» [66]; y aún es más radical la retirada a la propia intimidad, voluntariamente ciegos los ojos a las mudanzas del mundo, o tan lúcidamente abiertos, que el espíritu descubre en ellas la verdadera consistencia de nuestra vida. Evasión ciega desea el poeta cuando suplica a su reloj de arena:

Deja que corra el tiempo sin sentillo;
que no quiero medillo,
ni que me notifiques de esa suerte
los términos forzosos de mi muerte; [67].

y evasión alertada postula cuando, frente a un reloj de sol, dice a un amigo:

No cuentes por sus líneas solamente
las horas, sino lógrelas tu mente,
pues en él recordada,
ves tu muerte en tu vida retratada [68].

O la debilidad de no contar las horas, o la fortaleza de vencerlas con lucidez, logrando que la mente conozca sin celajes su verdadera significación. Quevedo, casi huelga decirlo, prefiere las más de las veces esta segunda, más ardua vía.

¿Concederá *el amor humano*—el amor en sentido estricto, la pasión amorosa entre hombre y mujer—la anhelada evasión plenaria del cuidado de existir? ¿Vence realmente el amor, si no a la muerte, por lo menos a la idea y al sentimiento de la muerte? Si el amor fuese siempre cumplido, si toda la vida del hombre fuese, sin deficiencia, esa llama transfiguradora que el amor enciende, las respuestas habrían de ser decididamente afirmativas. Así la de Quevedo, una vez que, por obra de amor logrado, creyó sentirse completo:

Después que te conocí
todas las cosas me sobran:
el sol para tener día,
abril para tener rosas. [69]

El alma tiene día, aunque se apague el sol, y rosas, aunque abril no llegue. A más alcanza la radicalidad de Quevedo. Del sol y de las rosas habla cualquier poeta de apariencias. El, poeta de profundidades, nos dirá que por la virtud de ese mismo amor goza su alma de inhibitoria contra el tiempo y la muerte: el tiempo «no puede mudarle un hora» al amante; la persona de la amada le ha vacado el oficio a la muerte. Este hombre enamorado siente en su despierta, analítica exultación—hay en ella todo menos embriaguez—que «para él» no cuentan el tiempo y la muerte. «Fin y alivio del cuidado», llama al amor en otro poema [70].

Hombre amoroso fué Francisco de Quevedo. Tributo al amor, gran parte de su vida y sus palabras. Más de una vez sus ojos, mirando otros ojos, le llevaron esa gloriosa plenitud de que nos habla, ese raro, indecible sentimiento de ser dueño y dispensador gozoso de todo lo real y lo posible. El

recuerdo y la esperanza de tal estado son, no hay duda, las dos instancias de su estremecedor soneto a la muerte que gana y a la vida que pierde:

No me aflige morir: no he rehusado
acabar de vivir, ni he pretendido
halagar esta muerte, que ha nacido
a un tiempo con la vida y el cuidado.
Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido... [71]

La vida, la muerte y el cuidado se articulan esencialmente en la existencia del hombre; Quevedo lo sabe bien. Mas también sabe que la existencia humana es susceptible de magnificarse por obra del amor: su memoria y su corazón, «donde todo el amor reinó hospedado», se lo están diciendo. Por eso, sin mengua de aceptar la muerte con tan esclarecida serenidad, siente dejar deshabitado su cuerpo y desierto su corazón.

Pero el amor humano, tema tan frecuente e intensamente buscado por la pluma de Quevedo, dista de ser en ella bienaventuranza cumplida. No pretendamos hallar en los poemas de Quevedo la suavísima seda poética de que están tejidos los sonetos amorosos de Shakespeare, ni el grácil torrente de alegría, visible agua que ríe, fluyente por los versos de Lope. Quevedo, pesimista *quoad vitam*, pintará casi siempre el amor como dolorosa ausencia, querer y no lograr, padecer sin tregua, llama en que se arde, llanto incoercible, libertad perdida. Sólo por excepción canta un amor sin mácula de lamento o lágrima. El amor es un constante manantial de cuidado y soledad:

Es un descuido que nos da cuidado,
es un soñado bien, un mal presente,
un andar solitario entre la gente...; [72]

y así, el corazón de amor herido tiene «por premio eterno dolor, por alimento el cuidado» [73]. Por dos veces le llama «guerra civil de los nacidos» [74], como si juzgase especialmente feliz la expresión. El motivo de la ausencia, vivido y tratado con vigor insólito, viene una y otra vez a la trabajada superficie de su verso:

Yo dejo la alma atrás: llevo adelante
desierto y solo el cuerpo peregrino... [75]

escribe, volviendo de nuevo a su amada metáfora de la carne desierta. La ausencia es sentida como muerte, y sólo consolada por la asistencia que ofrece al alma su propia pasión:

Puedo estar apartado, mas no ausente,
y en soledad, no solo; pues delante
asiste el corazón, que arde constante
en la pasión, que siempre está presente. [76]

La muerte, constante amiga del poeta, sirve para definir por analogía el mal de ausencia; mas quien muere, todavía tiene el partir como consuelo:

Gente son del otro mundo
los ausentes y los muertos.
¡Oh, quién trocara a un difunto
el partir, por el entierro! [77]

El amor es para Quevedo libertad perdida, cadenas que le tienen en prisión el alma [78], yedra que arruina lo que acaricia [79], senda errada [80], fuego que duele y consume:

Del cuerpo desdichado,
mando a la tierra aquella poca parte,
que al fuego le sobró y a mi cuidado [81],

nos dice. «Yo soy ceniza que sobró a la llama», escribe otra vez, para definir su realidad de hombre enamorado.

No hay duda: en el sentir de Quevedo, el amor humano no es capaz de dar al hombre descanso definitivo a su esencial desazón. Concede, a veces, es verdad, una real y gloriosa plenitud a nuestra existencia; mas pronto pasa, y ya no queda al amante sino el doloroso sentimiento de su propia manquedad: ausencia, llama que consume, sed sin agua. Si amor es la universal tendencia de los seres hacia su natural perfección, el hombre es el único de ellos a quien no trae paz:

sólo a mí, entre los otros animales
no me concede paz de amor el bando [82],

plañe Quevedo, prestando su voz a todos los humanos. La peculiar índole del animal humano, esa suerte de preternaturalidad que en sí misma tiene su humana naturaleza, le impediría realizarse plenariamente en el puro amor natural. Tal es su amargo y espléndido privilegio.

Pongamos uno tras otro los diversos recursos del poeta Quevedo contra la congoja de vivir muriendo: la memoria, el placer, el ensueño del espíritu, el sueño del cuerpo, la escueta renuncia ascética, el amor humano. Todos ellos pueden ser alivio del cuidado, tentadora evasión fugaz, soto de un día. Mas pronto pasan, y su misma veloz transitoriedad declara su condición verdadera: son «enamoramientos de sí mismo», según sentencia del propio Quevedo [83]. Cuando el hombre porfía por evadirse del cuidado de existir a través de vías puramente naturales, no hace sino enamorarse de su propia individualidad o de su genérica naturaleza humana. Mientras dura este enamoramiento, son posibles el sosiego y la alegría; cuando pasa, y casi nunca tarda, sólo queda, más acedo y penetrante aún, el viejo, invencible sentimiento de incertidumbre, de fugitividad, de inconsistencia. Vuelve a nuestros ojos, intacta, la interroga-

ción inicial: ¿qué puede, qué debe hacer el hombre con su vida?

Cada cual dará su personal respuesta. La de Quevedo tiene como último fundamento su intensa fe religiosa. De sus pasos sobre la tierra, fuese ésta la áspera de Castilla o la dulce de Campania, pudo decir Quevedo lo mismo que San Agustín: *varia multimoda vita, et inmensa vehementer*. A toda tentación cedió: el amor, la ambición política, la gloria literaria, la pasión de saber, la risa, la vida franca y desgarrada; pero debajo de cada lance latía o ardía una viva fe de cristiano. A los alegres días de Madrid siguen las *Lágrimas de un penitente;* a las multiformes andanzas de Sicilia y Nápoles, la *Política de Dios* y el poema *A Cristo resucitado;* rozó con la Inquisición, mas no en materia de fe, sino por el desenfado de la pluma.

Pues bien; por el camino de esta fe cristiana busca definitivamente Quevedo el alivio de su cuidado de hombre. Cristianamente lo interpreta en su traducción y paráfrasis del *Cantar de los Cantares*:

tu nombre es tu perfume derramado
que guardó el olio y repartió el cuidado. [84]

Dios repartió entre los hombres el cuidado y se reservó el óleo capaz de curarlos de su más radical dolencia *. Y aun es más hondamente cristiana su doctrina acerca de esa curación. El descanso del alma creyente en Cristo es el más

(*) Compárese esta quintaesenciada alusión de Quevedo al origen del «cuidado» de existir humanamente *(cura)* con la fábula de Hyginus que, tomándola de Burdach, menciona Heidegger en *Sein und Zeit*. El «cuidado» hizo una figura de barro, Júpiter accedió a infundir en ella un espíritu y Saturno sentenció acerca del nombre y destino del nuevo ser: se llamaría *homo*, porque había sido hecho de tierra *(humus)*; Júpiter recibiría después de la muerte el espíritu que él creó; y el «cuidado» dominaría al barro animado (al *homo*), mientras éste viviese: *Cura enim, quia prima finxit, teneat quamdiu vixerit. (Sein und Zeit*. 4.ª ed., págs. 199-200.)

alto, el único verdadero remedio contra la congoja de existir sobre la tierra:

No hay en el mundo más sabroso vino,
que al bebedor contente
y quite sus cuidados y dolores,

dicen a una Salomón y su escoliasta [85]. La vida de Quevedo, vehemente y multímoda, como la de San Agustín, hace también suyo el agustiniano *donec requiescat in Te.* De sentirlo en la raíz misma de su alma nace la imponente serenidad con que el poeta espera a la muerte en los versos de su última canción:

Llenos de paz mis gustos y sentidos,
y la corte del alma sosegada,
sujetos y vencidos
los gustos de la carne amotinada... [86]

Esta fe de cristiano en una sobrevivida allende el oprimido vivir terreno—«el cautiverio deste suelo»—es también la que da último sentido a la esperanza de Quevedo y a su cruda visión de la muerte.

Llega la noche, y hállome engañado,
y sólo en la esperanza me confío,

le hemos oído decir. ¿Cuál puede ser la esperanza en que por único recurso confía el hombre Francisco de Quevedo? Otro verso de su *Canción última* nos da la previsible respuesta: Quevedo espera recibir allende la muerte alegres parabienes «de nueva libertad, de nuevo estado». Este signo positivo y esta gozosa, inimaginable renovación de la vida que espera, sirven de verdadero fundamento a la estimación quevedesca de la muerte; sólo en virtud de esa esperanza de hombre pudo decirnos el poeta Quevedo que la mayor parte del morir «se pasa en contentos y locura». No

nos libera la muerte tanto por quitarnos la opresión que sobre nosotros pueden ejercer el mundo y el tiempo, como por darnos una «nueva libertad».

Pero el hombre Quevedo ama la vida, esta vida: «Amo la vida con saber que es muerte», escribió. No fué monje del yermo, ni siquiera en los días de más exaltada devoción. Su esperanza de nuevo y mejor estado le puso en la pluma el «llegue rogada, pues mi bien previene»; su condición de amador de esta vida le dictó el «siento haber de dejar deshabitado...» En los dos casos es sincero el poeta. El sentimiento de abandonar su cuerpo, su querido cuerpo humano *, se hace alguna vez temor verdadero:

Ya sé, ya temo, ya también espero
que seré polvo... [87]

En esa ambivalencia del temor y la esperanza de la muerte—«temo, espero»—consiste el nudo de la vida y la poesía de Quevedo. Prevalece, no obstante, la esperanza, porque ella es la que define a la cordura del hombre: «en el loco jamás hubo esperanza, ni desesperación jamás hubo en el cuerpo» [88]. Sólo la esperanza en los sucesos y posibilidades puramente terrenales carecería de consistencia verdadera; así lo siente Quevedo, cuando prefiere morir amando su propio cuidado y no recibir consuelo de esperar sobre la tierra el logro de su amor:

Dichoso yo, si muero
tan cortés amador de mi cuidado,
y peno desolado
por lo que adoro, no por lo que espero [89].

(*) Recuérdese cómo lo describe en *Providencia de Dios:* «Considera la armonía de aquel vivo edificio, admirando en cuán poco bulto se ven epilogados el superior e inferior orbe, abreviados sin ofensa de su dignidad, me-

Quevedo teme y espera a la muerte. Teme de ella lo que quita y espera lo que puede dar. ¿Es posible resolver el conflicto entre estos dos sentimientos contradictorios? Quevedo lo consigue, mientras pugnan en su alma el temor y la esperanza, por la vía de la creencia y el ensueño. Es una solución agónica, en el sentido de Unamuno; pero la agonía no engendra ahora desesperación, sino una esperanza más precisa y transfigurada. «Transfigurada»; esto es, dotada de figura trascendida. Quevedo, cuyos sueños tuvieron siempre bulto tan preciso, no se conforma sino llevando al «nuevo estado», hecho renovada figura, todo cuanto hubo de bello y amable en su vida terrenal. Quiere que más allá de la muerte le acompañe de modo suficiente y definitivo lo que en su vida amó, como si sólo así pudiera ser completa su felicidad eterna. La esperanza, dimensión positiva de la sujeción del hombre al tiempo, le permite vencer la oposición que nuestra mente descubre entre el mundo real y el ideal; su pesimismo amoroso y antropológico hácese optimismo trascendido cuando piensa que su vida humana es, después de todo, vida eterna—Dios creó al hombre a su imagen y semejanza—, y capaz de llevar a su definitiva eternidad todo cuanto él amó en este mundo. La presunta disociación «castiza» entre apariencia y realidad verdadera ha quedado convertida a superior unidad por obra de la fe y la esperanza.

Hay en ello una suerte de perfección dinámica y operativa del platonismo. Expresa a veces Quevedo una visión escuetamente platónica del amor espiritual; contrapone el amar y el querer, la lúcida virtud del espíritu y la interesada y grosera voluntad del cuerpo. El es amante eterno, porque ama, no porque quiere:

de Dios procede a eternidad la mente;
eterno amante soy de eterna amada [90]

---

nos espaciosos, no menos cultos...» Es bien patente la analogía entre este pensamiento y el de Fray Luis de Granada, en la *Introducción del Símbolo de la Fe.*

Mente y cuerpo, idea y cosa parecen existir separados, cada uno en su plano, sin relación suficiente entre sí.

Pero esto es la excepción. Quevedo no quiere que su cuerpo y su mente se separen, y menos que se opongan entre sí. Aspira a que, cruzada la ribera de la muerte, lleve consigo el alma los cuidados y sentimientos del cuerpo:

Conmigo van mis cuidados,
y por eso parto alegre,
y aún quiero que lleve la alma
la parte que el cuerpo siente [91],

dice, imaginando anticipadamente su propio morir. Más recia todavía es otra expresión poética del mismo pensamiento:

De esotra parte de la muerte dura
vivirán en mi sombra mis cuidados,
y más allá del Lethe mi memoria [92],

Las aguas del Leteo no impedirán al poeta llevar consigo, eternizada ya, la presencia de toda su vida temporal. Con tal viveza lo espera, que anhela una muerte causada por el propio amor—«¡Qué gloria, que el morir de amar naciese!»—, sólo para que sea más inmediato e íntegro el tránsito del amor terreno desde la vida a la sobrevida.

No solamente la presencia espiritual de la existencia pretérita, bajo forma de hábito o de especie. Algo más espera Quevedo. Quiere el cuerpo, su cuerpo, con la llama que corría por sus venas y hacía arder el tuétano de sus huesos; quiere y espera noticia y pasión, lumbre de visión y lumbre de fuego. Tal es el sentido de estos tres versos de un soneto a Lísida:

Llama que a la inmortal vida trasciende,
ni teme con el cuerpo sepoltura,
ni el tiempo la marchita ni la ofende [93];

y el de estos otros, procedentes del epitafio que para su tumba propone:

Aún arden de las llamas habitados
sus huesos, de la vida despoblados [94].

El tema de la ceniza enamorada se repite con muy significativa frecuencia en la poesía «grave» de Quevedo. Lo que ha de yacer en su tumba es «el cuerpo, que de amor aún no se olvida»; no puede consentir que su estado más allá de la muerte se reduzca a la separación de un alma inmortal y un cuerpo corruptible: «viviré tierra amante», escribe, dando una prodigiosa y plenaria versión transitiva al verbo «vivir». Es, no obstante, el estupendo soneto *Amor constante más allá de la muerte*, el testimonio más poderoso y bello de su entrañable necesidad, de su viva esperanza de trascender íntegramente a vida más alta:

... nadar sabe mi llama la agua fría
y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado [95].

El cuidado, el sentido, la llama, el amor del hombre entero, con su alma y su cuerpo, siguen viviendo allende el morir *. Quien dijo «amo la vida con saber que es muerte»,

(*) Compárese el sentir de Quevedo con la gozosa esperanza de los dos Luises, el de Granada y el de León. Fray Luis de Granada espera la presencia de esta vida en la otra de un modo más candoroso y familiar que Quevedo: «Pues ¿qué alegría será entonces para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo, y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados, a cabo de tan largo destierro?» *(Libro de la oración*, I, IX, § XXIV). La esperanza de Fray Luis de León es más refinada e intelectual. Recuérdese,

dice también «amo la muerte por saber que es vida». El dramático intento de reducir las dos tesis a unidad vivida, no puramente doctrinal, es, creo yo, la clave más profunda de la poesía de Quevedo.

POESIA Y VIDA

La lectura de cualquier poesía lírica levanta siempre en el ánimo una cautelosa interrogación: eso que leemos, ¿es vida del poeta o pura ficción poética, verdad o poesía, experiencia o invención? Las respuestas serán siempre y en cada caso bien diversas, desde el «¡Bah, literatura!» del filisteo, y la tópica iteración hamletiana del pedante, a la de aquella laudable señorita que, según el testimonio de un viejo profesor mío, rezaba por el alma de Don Quijote. Es lo cierto que cada caso exige a este respecto una consideración particular. Pero si hubiese que elegir una fórmula judicativa general, yo me quedaría con la que va implícitamente apuntada en la conjunción copulativa del sabido epígrafe de Goethe: *Dichtung «und» Wahrheit*, poesía «y» verdad. En toda obra lírica—y, por extensión, en toda obra literaria—hay a la vez poesía y verdad, vida auténtica del poeta y fictiva creación de su espíritu. Cabe, claro está, que la mezcla de una y otra ofrezca las proporciones más variadas, desde la confesión lírica, vida casi pura, hasta la fabulación poética, casi limpia invención. El método príncipe, pero no el único, de este sutil fiel contraste tendrá que ser siempre una interpretación de doble entrada: se procurará

---

por ejemplo, la vehemente impaciencia con que en la oda *A Felipe Ruiz* aguarda el momento de conocer las causas de los terremotos, de las olas, del viento, de los ríos y fuentes, de los movimientos celestiales. Fray Luis de León aspiraba a ser después de muerto un insaciable curioseador del universo.

interpretar la poesía desde el punto de vista de la vida real del poeta, y esta vida real desde el punto de vista de su creación literaria; el área de coincidencia entre los dos términos del cotejo nos dirá qué proporción de vida y de poesía hay en la obra escrita.

¿En qué medida es sentir verdadero, en cuál invención o fórmula la poesía «grave» de Quevedo? Confesemos que alguna retórica estoica, conceptista o estrictamente quevedesca hay en ella. La expresión de Quevedo, no hay duda, es en no pocos casos superior «en volumen» a su verdadero sentir, como el traje desmedido de una menina a la línea real de su cuerpo; la apretada concisión, la ajustada nervadura verbal y conceptual del ropaje expresivo no excluyen su dilatada magnitud. Si el verso dice, por ejemplo, «mi corazón es reino del espanto», o si pregunta al amor «¿Qué sangre de mis venas no te he dado?», el más ingenuo lector entenderá que ese espanto y esta metafórica sangre han sido formularia, retóricamente hiperbolizados por el «oficio» de un poeta barroco. Bien. Pero, una vez cumplida, incluso con suspicaz largueza, esta necesaria faena reductiva, habrá que preguntarse si no tiene un hondo sentido real el hecho de que el autor haya elegido tales fórmulas retóricas entre todas las que su época y su formación le ofrecían o le permitían crear, y que, por tanto, haya despreciado otras. Góngora, Lope y Quevedo fueron contemporáneos, y cada uno creó sus tópicos expresivos propios, según su peculiar sensibilidad de hombre y de poeta. Quevedo habla tópicamente de la muerte, del dolor de amar, de la fugitividad de la vida; Quevedo hiperboliza sus expresiones y se complace en los contrastes violentos, así de contenido como de forma. ¿Acaso no tiene profunda significación respecto a la genuina verdad del hombre Quevedo, esta especial querencia de sus gustos expresivos?

Descontada de la expresión poética de Quevedo la parte de retórica estoica, conceptista y quevedesca que en ella puede haber, pronto salta a los ojos la coincidencia entre la

vida real del poeta y el sentido de su poesía [96]. La lírica de Quevedo es hondamente sincera. Su vida real fué siempre extremosa y arrojada, una constante «existencia a vida o muerte», así en Alcalá y en Madrid como en Nápoles y en Venecia. Amor, honor, política o aventura le pusieron no pocas veces en trance de morir. Quien vive «sin que la muerte al ojo estorbo sea», como había dicho su homónimo Aldana, ¿resulta extraño que, si dispone de una mente cavilosa y perspicaz, sea capaz de comprender y expresar lo que es la muerte en la vida del hombre? Hubo en la zarandeada existencia de Quevedo amores violentos y desdichados—¡aquellos veintidós años del soneto a Lisi!—, desengaños de todo orden, descarríos, adversidad, persecuciones, cárceles. Lo mucho que no le fué indiferente, fué para él importante, y no pocas veces vital. Su religiosidad fué severa y sostenida, y desde ella hizo siempre riguroso examen de sí mismo: cuenta Tarsia, su primer biógrafo, que «guardaba un cuaderno en que tenía asentadas todas las confesiones que había hecho, así generales como particulares, desde que tuvo uso de razón» [97]. Indudablemente, hay una enorme y entrañable sinceridad en la poesía grave de Quevedo, por debajo de su hercúlea retórica barroca; sus versos son poesía, alta poesía, pero también vida, vida intensa.

Cinco son, en mi entender, los cauces por que más inmediatamente se vertió la genial originalidad quevedesca, cinco los rasgos más determinantes y definidores de su personalidad literaria, en tanto poeta grave. Fué ardiente amador de todo cuanto la vida, esta vida, puede ofrecer al hombre; conoció la extrema fragilidad de los bienes que el hombre consigue en el mundo por medio de su esfuerzo o su fortuna; formó su espíritu con muy abundante lectura, alguna de cuyas partes, la estoica en primer término, fué para él alimento frecuente y congenial; vivió muy intensamente, más intensamente, quizá, que cualquier otro español de su tiempo, el rápido hundimiento de España conse-

cutivo a la muerte de Felipe II; creyó y esperó como cristiano cabal todo lo que cristianamente debe creer y esperar el hombre. Esta es el alma que nos confiesa Quevedo en lo que he llamado su poesía «grave» [98]. Escribió en sus *Lágrimas de un penitente:*

sólo el necio mancebo
que corona de flores su cabeza,
es el que solo empieza,
siempre a vivir de nuevo.

La verdad es que él, tan desengañado, tan reciamente pesimista, tan «rígido y crudo», como le llamó González de Salas [99], pretendió de continuo, casi hasta su muerte, empezar a vivir, aunque ni su fortuna ni su humana radicalidad le permitiesen coronarse de flores. Dios, que le negó la flor, le ha concedido el laurel con largueza.

REFERENCIAS

(1) *Cómo todas las cosas...*, 420. Como referencia de cada texto transcrito daré el título de la composición o las primeras palabras de su primer verso; y, a continuación, salvo advertencia contraria, la página a él correspondiente en la edición crítica de Astrana Marín: *Francisco de Quevedo y Villegas, Obras completas. Verso.* M. Aguilar. Madrid, 1943. (2) *Pinta la vanidad...*, 497. (3) *Amante desesperado...*, 64. (4) *Que la vida es siempre breve...*, 420. (5) *Advierte al Tiempo...*, 40. (6) *Elogio al Duque de Lerma*, 370. (6a) *Lágrimas de un penitente*, 369. (7) *Soneto amoroso*, 733. (8) *El fantasma del amor...*, 487. (9) *Lágrimas de un penitente*, 390. (10), (11) y (12) *Muestra haber seguido...*, 65. (13) *Lágrimas de un penitente*, 390; *Muestra haber seguido...*, 65; *El fantasma del amor...*, 487; *Exhorta a los que amaren...*, 65. (14) *Lágrimas de un penitente*, 390. (15) *A Floris*, 10. (16) *Exhorta a los que*

amaren..., 65. (17) *Conoce las fuerzas del tiempo*, 393; la misma expresión, con ligeras variantes («vida» por «edad»), en *Lágrimas de un penitente*, 389. (18) *Descuido del divertido vivir*. 395. (19) *Significase la propia brevedad de la vida*, 412. (20) *Todo lo criado tiene su muerte...*, 404. (21) *Repite la fragilidad de la vida*, 399. (22) *Persevera en la exageración...*, 66. (23) *Essais*, III, XII. (23a) *Descuido del divertido vivir*, 395.. (24) *Represéntese la brevedad...*, 411. (25) *Cómo todas las cosas...*, 420. (26) *Llama a la muerte*, 414. (27) *Lágrimas de un penitente*, 389. (28) *Llama a la muerte*, 414. La misma dramática vivencia de incertidumbre late en el soneto *Desea conocer la causa de su desasosiego*, 50. (29) *Significase la propia brevedad de la vida*, 412. (30) *Muestra... cuán ciegamente desean los hombres*, 392. (31) *Llama a la muerte*, 414. (32) Véase mi trabajo «Quevedo y Heidegger» en *Jerarquía*, número 3, págs. 199-215. Pamplona, 1938. En versión alemana y con el título «Quevedo und Heidegger», ha sido publicado luego en la revista *Deutsches Vierteljahrschrift für Literaturwissensft und Geistesgeschichte, Jahrg.* XVII, H. 4, págs. 405-418. (33) *Loco citato sub* (7). (34) *Al Tajo*, 4. (37) *No logra quietud ni descanso*, 51. (36) *Finge dentro de sí...*, 47. (37) *Amante culpable...*, 57. (38) *A Floris*, 34. (39) *Amante culpable...*, 57. (40) *Su gloria no consiste...*, 52. (41) *Essais*, I, XIX. (42) *Que la vida es es siempre breve...*, 420. (43) *A la muerte*, 421. (44) *Elogio al Duque de Lerma*, 373. (45) *Conoce la diligencia...*, 421. (46) *Llama a la muerte*, 414. (47) *Conoce la diligencia...*, 421. (49) *Laméntase...*, 67-68. (49) *Desea para descansar, el morir*, 67. (50) *Enseña a morir...*, 414. (51) *Pinta la vanidad...*, 497. (52) L. Janssens O. S. B., *Summa Theologica*, VIII, pág. 720. (53) *Obras en prosa* de la ed. de Astrana Marín, págs. 1.247 y sigs. (54) *Filosofía que intenta...*, 52. (55) *A Roma sepultada en sus ruinas*, 488. (56) *Represéntase la brevedad...*, 411. (57) *Canción fúnebre*, 450. (58) *Madrigal en que muestra...*, 45. (59) Véase *Der Geist als Widersacher der Seele*, III. Bd., II Teil, caps. 71 y 74; Leipzig, 1932. (60) *Desde la Torre*, 412. (61) *A Cristo resucitado*, 427. (61a) *Soneto amoroso*, 733. (62) *Muestra haber seguido...*, 65. (63) *Al sueño*, 468. Lo mismo en *No logra quietud ni descanso*, 51. (64) *A una dama...*, 38. (65) *Polimnia*, 138. Cito ahora por la edición de la B. AA. EE. (66) *A un amigo...*, 405. (67) *A un reloj de arena*, 472. (68) *El reloj de sol*, 473. (69) *Halla en la causa de su amor...*, 41. (70) *Soneto amoroso*, 733. (71) *Lamentación amorosa...*, 65. (72) *Definiendo al amor*, 45. (73) *Letrilla lírica*, 473. (74) *La guerra del amor...*, 51, y *Prosigue el mismo estado...*, 66. (75) *Amante ausente...*, 48. (76) *Amante apartado...*, 67. (77) *Amante ausente...*, 43. (78) *Canción amorosa*, 14. (79) *Compara la yedra..*, 61. (80) *Exhorta a los que amaren...*, 64. (81) *Hace últimamente su testamento*, 70. (82) *Soneto amoroso*, 734. (83) *Lágrimas de un penitente*, 388. (84) *Cantar de Cantares de Salomón*, 691. (85) Astrana Marín no da por auténtico el fragmento a que pertenecen los tres versos transcritos, consignados en la ed. de la B. AA. EE. (86) *Pinta la vanidad...*, 496. (87) *A un reloj de arena*, 472. El mismo sentido tiene el verso «fantasma soy en penas detenida», en *Solicitud de su pensamiento...*, 64. (88) *Desea conocer...*, 50. (89) *Amante ausente...*, 43. (90) *Soneto a Flora*, 20. El mismo sentido tiene el soneto *Continúa la significación de su amor...*, 66. (91) *Muere de amor...*, 43. (92) *Amor impreso...*, 57. (93) *Amor de sola una vista...*, 63. (94) *Muere de amor...*, 44. (95) *Amor constante...*, 63. (96) Véase a tal respecto *La vida turbulenta de Quevedo*, de Astrana Marín (Madrid, 1945), libro en que se encuentra todo lo que de la vida de

Quevedo conocemos. (97) Cit. por Astrana Marín, pág. 532. (98) Sostiene González de Amezúa en un agudo y brillante estudio sobre Quevedo (*Las almas de Quevedo*. Discurso leído en la Real Academia Española para conmemorar el III Centenario de la muerte de D. Francisco de Quevedo y Villegas. Madrid, S. Aguirre, 1946), que el genial escritor fué «varón de muchas almas». Creo que ésta que describo es la más profunda de todas ellas y, a la hora de la verdad, la decisiva. (99) Cit. por Astrana Marín, pág. 13.